

Una persona con vocación trascendente

71. La dignidad de la persona deriva de su condición de hijo de Dios, de la relación de amor que hay en el seno de la Trinidad. “En la comunión de amor que es Dios, en la que las tres Personas divinas se aman recíprocamente y son el Único Dios, la persona humana está llamada a descubrir el origen y la meta de su existencia y de la historia”.¹

Por eso mismo, tal como en la Santa Trinidad, hay relaciones de amor mutuo que genera la comunidad entre las personas. Se puede afirmar que sin comunidad no hay plenitud. Por eso es deber de la autoridad civil, de la Iglesia y de comunidades religiosas favorecer todo aquello que fomente y enriquezca la vida comunitaria en sus diversas formas, desde la familia, que ocupa un lugar central en la vida social, hasta las diversas asociaciones que enriquecen nuestra convivencia.

72. Todas estas realidades, miradas con los ojos de la fe, nos ayudan a comprender mejor la trascendencia del ser humano. Sus proyectos y acciones no se limitan a este tiempo presente de la historia, sino que tienen una vocación y sentido de eternidad. Cada persona tiene vocación de ser un resucitado. Y eso es lo que verdaderamente da el sentido final de nuestra vocación en la historia de nuestra tierra y *hogar* común que llamamos patria. Las múltiples expresiones de piedad popular, a lo largo de nuestro territorio, son una viva manifestación del valor de lo sagrado en nuestra cultura y del sentido trascendente que el pueblo descubre en las manifestaciones de amor a Dios y a los santos, y en particular a la madre de Jesús.

73. La familia, principal educadora, tiene un rol crucial en este campo. Pero también lo tiene la comunidad educativa en su apoyo al rol formador de la familia. Los niños y jóvenes de Chile no solo requieren aprender conceptos y técnicas orientados a la competencia laboral. Ante todo, y sobre todo, necesitan recibir una formación humana integral que les permita desarrollarse en plenitud como personas, en todas las dimensiones de lo humano, sin excluir la mirada desde la trascendencia. Necesitan espacios donde poder sincerar sus preguntas y *discernir*, a la luz de la razón y la fe, de su realidad y contexto, de la cultura y las ciencias, sobre el sentido de su vida, sobre la profundidad de lo humano, sobre su identidad y vocación en el mundo, considerando también las opciones valóricas que se han asumido en la historia de la humanidad y sus consecuencias. Por eso, una sociedad que pone al ser humano en el centro de su preocupación no puede contentarse con formar sólo en competencias laborales y técnicas. Educar es mucho más que eso. Y en una época de cambios profundos, el horizonte de sentido en la vida comunitaria no puede estar ausente en los planes oficiales de la enseñanza, y por eso asignaturas como la educación religiosa y filosófica, la formación en la cultura cívica e histórica, el amor al propio entorno, no pueden ser prescindibles ni quedar a merced de opciones ideológicas adoptadas en un momento. En esta formación se juega el sentido de las personas, sus visiones esenciales y su destino que trasciende la historia.

¹ *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 2004, n.º 34.

PARA NUESTRA REFLEXIÓN

- 1. ¿Cuál es la visión de ser humano que predomina en los avisos publicitarios de hoy?*
- 2. ¿Cómo podemos fortalecer el tejido comunitario, estrechando lazos que nos permitan dialogar y discernir en relación con otros?*